

# CHINA



¿Qué pasa en China? Hace menos de veinte años la pregunta no hubiera merecido más de un instante de atención. En 1967, encontrarle una respuesta es capital. Las relaciones de fuerza a escala mundial —la paz, en definitiva— están determinadas por los orígenes, el desarrollo y el resultado de esta convulsión que recibe el nombre de «revolución cultural». La estabilidad entre los bloques, el equilibrio atómico, las estrategias sobre las que construyen sus respectivas políticas los Estados Unidos y la U.R.S.S., el destino de las revoluciones del «Tercer Mundo», la guerra del Vietnam, el porvenir del bloque socialista... toda la realidad de nuestro tiempo se ve directamente condicionada hasta su misma raíz por la crispada marea de los «guardias rojos». Es posible que tardemos bastante en hallar la clave de esta súbita conmoción. Entre tanto sólo nos cabe dirigirnos a los máximos especialistas para formularles la interrogación fundamental: ¿Qué pasa en China? El escritor y periodista norteamericano Edgar Snow, seguramente el mejor intérprete del proceso desarrollado en aquel inmenso país, nos ofrece hoy su versión, que publicamos en exclusiva para España, al mismo tiempo que los más importantes órganos de la prensa europea. Es un documento cuya trascendencia no necesita subrayarse.



SIGUE

**E**DGAR Parks Snow está considerado como el periodista occidental más profundamente versado en asuntos chinos. Desde mucho antes del triunfo de Mao Tse-Tung, ya había recorrido en todas direcciones el continente amarillo y había escrito numerosos reportajes sobre los tormentosos acontecimientos de la época. En 1929 desempeñaba el cargo de editor de la «China Weekly Review», que aparecía en Shanghai, puesto en el que cesó al año siguiente. En aquellos mismos años ejercía como corresponsal del «Chicago Tribune» en China y más tarde volvió a recorrer este país, así como la India y Manchuria, como enviado especial de «Consolidated Press Association». Corrían los primeros años treinta... De entonces data su conocimiento personal de Mao y su amistad con una joven estudiante que luego sería la señora Chu En-Lai. Edgar Snow fue el primer periodista occidental en ser recibido en la república soviética de Yanan, el bastión en el que se refugiaron los ejércitos comunistas después de la «larga marcha» y desde donde iniciaron la conquista de China.

Snow nació en los Estados Unidos en 1905. Fue educado en el Kansas City Junior College y se doctoró en la Universidad de Missouri. Desde muy joven se dedicó a la profesión que actualmente ejerce y en la que tantos éxitos ha conseguido. A sus andanzas por China, donde llegó a desempeñar una cátedra en la Universidad de Yenching, en Peiping, hay que añadir su larga permanencia en Londres como adjunto del «Daily Herald», entre 1934 y 1939, y sus viajes por todo el mundo, como corresponsal de guerra acreditado, durante la segunda guerra mundial. Después de la conflagración, y durante cuatro años, recorrió Europa, Oriente Medio y la India, y en 1950 apareció en México como enviado especial. Al año siguiente, regresó a Estados Unidos, donde se unió al «Sturday Evening Post» como editor asociado. En su país ha sido agregado en la Universidad de Harvard y pertenece a la Academia Americana de Ciencias Políticas. En 1960, la poderosa revista conservadora «Look» lo envió nuevamente a China como el mejor experto de que se pudiese disponer.

Dejando aparte sus numerosísimos artículos, Edgar Snow es autor de los siguientes libros: «Far Eastern Front», 1934; «Red Star Over China», 1937 —que ha quedado como una obra «clásica» sobre la China actual—; «Living China», 1936; «Scorched Earth», 1941; «People on Our Side», 1944; «The Pattern of Soviet Power», 1945; «Stalin Must Have Peace», 1947; «Random Notes on Red China», 1957; «Journey to the Beginning», 1958, y «The Great Change in China», 1962.

# ¿MAO SIN MAO?

**D**E los cientos y cientos de observadores profesionales que siguen de cerca todo lo relacionado con la China de Mao, desde los espías hasta los filólogos, tanto comunistas como no comunistas, ni uno sólo ha sabido prever lo que en ese país está sucediendo estos días. A todos les cogió tan de sorpresa la brusca ascensión de Lin Piao, ahora el más íntimo compañero de armas de Mao, como a los americanos el ataque a Pearl Harbour.

Evidentemente, no hay «expertos» en asuntos chinos. Hay sólo unos cuantos estudiosos que saben algo

o nada sobre la China. A pesar de una entrevista de cuatro horas de duración que sostuve en 1965 con Mao Tse-Tung, no podía sino sorprenderme de la estabilidad del culto a Mao. Y es que nadie en Pekín me podía explicar la necesidad de sus pretensiones, cada vez más extravagantes; nadie, excepto el mismo Mao Tse-Tung. Claro está que nunca pensé que la lucha llegaría a los extremos que ha llegado y, sólo al mirar hacia atrás, veo en algunas de las respuestas de Mao, indicios de lo que iba a suceder.

Entonces, como ahora, al Politburó se le presentaban crueles alternativas en lo referente a la partici-

**Por EDGAR SNOW**

pación del país en la defensa del Vietnam, al peligro de guerra con los Estados Unidos, al planeamiento de una economía con completa ignorancia de las condiciones de guerra o paz y a cómo salvaguardar la integridad básica de la revolución en la formación de la juventud. Las contestaciones a dichas preguntas giraban en torno a contradicciones existentes entre la Política (ideología) sobre los Hechos («los economistas») versus los Hechos sobre la Política; entre Compromiso (con revisionismo e imperialismo al mismo tiempo), versus Confianza en sí mismo y el Culto; en una palabra, entre Mao y Moscú.

El 9 de enero de 1965, cuando Mao Tse-Tung me invitó a cenar con él, nuestra conversación abarcó «shan-nan hai-pei», como dijo Mao, «desde el Sur de las montañas hasta el Norte de los mares». Después me dijeron que podía contar todo lo que habíamos discutido en aquella cena, exceptuando una o dos cosas, y citando sus observaciones sólo de forma indirecta. Resulta intructivo e interesante recordar ahora los siguientes extractos de aquella larguísima entrevista (que no ha sido publicada en su totalidad):

—¿Pueden las tropas del Vietcong salir triunfantes por su propio esfuerzo? —le pregunté.

Y él me contestó que, en su opinión, sí. La posición del Vietcong era, según él, relativamente más favorable que la de los comunistas durante la primera guerra civil china (1927-37). En aquella época no se registró intervención directa por parte de ningún país extranjero (la invasión japonesa del Norte de China comenzó en julio del 37), pero ahora, en el caso del Vietcong, la intervención americana sirve para armar y educar a los soldados... Es mejor que los Estados Unidos mantengan tropas destacadas en **SIGUE**



Millares de libros con el pensamiento de Mao Tse-Tung se han repartido por China: la voz impresa de Mao llega a todas partes, desde universidades a cuarteles.

# CHINA

Mao ha  
tenido que capear  
otros  
temporales desde  
1934, pero  
ninguno  
como la actual  
tempestad. «No me  
importa —ha  
escrito el poeta  
Mao— que  
bujen los vientos  
ni que las olas  
batan.  
Es siempre  
mejor que pasear  
tranquilamente  
por un  
patio cualquiera».



el Vietnam del Sur. Con ello, el pueblo vietnamita se endurece y se fortalece su ejército de liberación. No bastaba un Ngo Dinh Diem (en el Vietnam), como en China no había bastado tampoco con Chiang Kai-Chek. Fue necesario que el Japón invadiese el país y que permaneciese en él durante ocho años y medio. Sólo entonces se formaron hábiles dirigentes, así como un poderoso ejército revolucionario, capaz de vencer a los reaccionarios internos y de expulsar del país a los imperialistas.

—Naturalmente, siento que las fuerzas de la historia hayan separado a los pueblos chino y americano... Sin embargo, no creo que todo esto termine en una guerra entre los dos países...

Mao dijo que las fuerzas de la historia harían que un día se reuniesen ambos pueblos; ese día tenía que llegar. Sólo se produciría la guerra si invadieran China tropas americanas...

—¿Podría producirse una guerra por la cuestión del Vietnam? Parece que los Estados Unidos están estudiando la posibilidad de extender la guerra al Vietnam del Norte.

—No, tal cosa no ocurrirá —contestó Mao—. Mr. Rusk ha dado seguridades de que los Estados Unidos no tomarán tal medida. Mr. Rusk ha dicho en un principio algo parecido, pero luego había rectificado y negado que hubiese hecho tal afirmación. Por eso, no tiene por qué haber una guerra.

—A juzgar por diversas conversaciones que he sostenido con algunos de los personajes más importantes del gobierno norteamericano, incluido Dean Rusk, yo diría que los encargados de la elaboración de la política exterior de los Estados Unidos, los gobernantes de los Estados Unidos, sencillamente, no le comprenden a usted.

—¿Por qué no? los ejércitos de China no llevarán nunca la lucha más allá de sus fronteras. Eso está claro. Sólo si los Estados Unidos atacasen a China, lucharían los chinos. ¿No está también claro este punto? Los chinos se encuentran demasiado ocupados con sus asuntos internos. Sería criminal luchar más allá de las fronteras. ¿Por qué habríamos de hacerlo? Los survietnamitas pueden salir solos del apuro... China apoya movimientos revolucionarios y de liberación, pero no invade países.

—En una reciente entrevista con el primer ministro Chu-En-Lai me parece haberle oído decir que China se opondría a una conferencia de Ginebra que reforzase el Tratado de 1954, a menos que los Estados Unidos retirasen primero sus fuerzas armadas del Vietnam. ¿Es esa su política actualmente?

El presidente contestó que no tenía noticias de lo que había dicho el primer ministro Chu-En-Lai. Él opinaba, por su parte, que existían varias posibilidades. Primero, se podía organizar una conferencia a la que seguiría una retirada de los Estados Unidos. Segundo, se podía de-

jar la conferencia para después de que se retirasen los americanos. Tercero, podía celebrarse con las tropas americanas en torno a Saigón, como en Corea del Sur. Y, por último, los survietnamitas podían expulsar a los americanos sin conferencia ni acuerdo internacional...

—¿Puede dar algún consejo al gobierno americano?

—Deberá soltar alguna que otra presa. Quieren abarcarlo todo... Pero no le harán caso, como tampoco me lo harían a mí...

—¿Tiene usted algo que yo pueda transmitir al... presidente Johnson?

Su contestación no exigía un viaje urgente a Washington. «Pu-Shi»: NO.

mero era más bien reducido... «No nos equivocáramos si decimos que, aproximadamente, el 95 por 100 del pueblo, y puede ser incluso más, apoyan al socialismo».

Mao había aprendido luchando.

—¿Cuál era el sucedáneo que había para los jóvenes en la China actual?

Mao contestó que, desde luego, los chinos de menos de veinte años no habían participado nunca en una guerra, no habían visto en su vida a un solo imperialista y no habían conocido el antiguo régimen. No sabían nada de la antigua sociedad. Los padres podrían contarles muchas cosas, no era lo mismo oír o leer hechos históricos que vivirlas y ser su protagonista.

Aquí, por primera vez, Mao declaró que la China no intervendría en el Vietnam ni iría a la guerra con los Estados Unidos, a menos que este país declarase la guerra el primero. ¿Por qué? ¿Por qué indicó que podía ocurrir que China no se negase a participar en una conferencia de Ginebra aun cuando ésta se celebrara antes de una retirada de los americanos del Vietnam del Sur? Aunque los bombardeos americanos sobre Vietnam del Norte, que comenzaron una semana después, dieron al traste con esta solución. ¿Por qué, al parecer, la había tomado en consideración Mao?

La victoria en el Vietnam podía lograrse mediante una «guerra popular», guerra que podía prolongarse



La revolución cultural ha llevado en China un desarrollo curioso en lo relativo a formas de propaganda. El pasquin cobró una importancia grande y a través de él se expresaron diversas tendencias, públicamente, para mostrar sus discordancias.

—En la Unión Soviética —dijo yo— se critica a la China por mantener una especie de «culto a la personalidad». ¿Qué me puede decir usted al respecto?

Mao sonrió y contestó que quizá hubiese algo de verdad. Se decía que Stalin había sido centro de un «culto a la personalidad», mientras que con Jruschof había ocurrido todo lo contrario. Y los críticos afirmaban ahora que en China estaba pasando algo parecido al «culto de la personalidad» de la era staliniana. Sí, quizá tuviesen algo de razón... Probablemente, el señor Jruschof cayó porque también había incurrido en el «culto a la personalidad».

—En 1960 —dije— usted me aseguró que el 90 por 100 del pueblo chino apoyaba su gobierno y que sólo un 10 por 100 estaba en contra. ¿Ha variado esta proporción?

El presidente Mao replicó que quedaban aún algunos elementos de Chiang Kai-Chek, pero que su nú-

—El hombre hace su propia historia, pero la hace de acuerdo con su ambiente. Usted ha transformado radicalmente el ambiente de la China. Muchos se preguntan lo que hará la generación más joven, crecida en medio de una mayor prosperidad. ¿Qué opina usted?

El tampoco lo sabía. Nadie podía asegurarlo. Había dos posibilidades. Se podía seguir progresando por la vía del comunismo o, por el contrario, podía ocurrir que los jóvenes repudiasen la revolución e hiciesen «cosas malas» (kan huai shi), como por ejemplo, hacer las paces con el imperialismo, traer otra vez al continente a los que quedasen del grupo de Chiang Kai-Chek, y aliarse con el puñado de contrarrevolucionarios que aún quedaban en el país... Desde luego, no esperaba que se produjese una contrarrevolución, pero serían las generaciones futuras las que decidiesen los futuros acontecimientos, según condiciones que no podíamos prever...

indefinidamente, pero que, en opinión de Mao, nunca se perdería. Ahora bien, una intervención armada en esa guerra por parte de China equivaldría a un suicidio, a menos que China gozase del apoyo total de la Unión Soviética. Y esto sólo se conseguiría mediante humillantes compromisos con el revisionismo que, para Mao, equivalía al capitalismo. ¿Cómo se podía proteger a la juventud de la contaminación? ¿Qué le ocurriría al maoísmo? Si China sacrificase sus principios en un trato con el neo-Jruschovismo, ¿por qué no pactar entonces directamente con el imperialismo americano? Pero entonces, ¿por qué causa habían luchado y muerto tantos ciudadanos (héroes de paja)?

Aunque las respuestas de Mao fueron serenamente filosóficas, todas se relacionaban con una cuestión central, la que entonces estaba, y sigue estando, más cerca de sus preocupaciones: una cuestión de la que, sólo unos meses antes, había habla-

do a la juventud de su país en unos tonos que denotaban su profunda inquietud.

—En el análisis final, la cuestión de formar sucesores que se preocupen de nuestra causa, consiste en tratar de impedir que surja en China un revisionismo tipo Jruschof... Es un asunto de vida o muerte para nuestro partido y nuestro país, y su solución seguirá vigente dentro de diez, cien, diez mil años. Los profetas imperialistas esperan una «evolución pacífica» en las generaciones tercera y cuarta. Daremos al traste con esas profecías imperialistas.

Y es por este «asunto de vida o muerte», indisolublemente ligado a la devoción masiva que exige el culto de Mao por los «guardias rojos», por

¿Significa todo eso que la oposición a Mao, encabezada por muchos de sus más íntimos y viejos camaradas y sustentada por el aparato administrativo del Partido está dispuesta a ceder ante los Estados Unidos o Moscú? ¿Y a renunciar a sus convicciones basadas en la experiencia, durante tanto tiempo compartida con su conductor? ¿Significa que sus enemigos creen en la inevitabilidad de una confrontación con los Estados Unidos?

¿Quieren decir que difieren sus pareceres de los de Mao en lo que a asuntos nacionales o internacionales se refiere? Lo pongo muy en duda. Se han agudizado sus diferencias de puntos de vista en lo referente a las «cuestiones de guerra y paz» y a

bro de la organización de las juventudes.) En el control de esta moderna y complicada fábrica de hombres y herramientas está la base de áreas impresionantes de poder político. Los viejos dirigentes tropiezan cada día con mayores dificultades en sus deseos de mantener la «hegemonía sobre el proletariado», hegemonía que detentan gracias a una revolución campesina.

Hasta ahora el culto a Mao ha desempeñado un papel unificador en la resolución de conflictos de interés entre los miembros campesinos (un 50 por 100 aproximadamente) y la clase de trabajadores-técnicos urbanos (15 por 100), los «intelectuales» (que forman la mayor parte de la superestructura estatal y del Partido, obra

tentación de desviación. Que Mao tiene sus razones para temer que se abran las puertas prematuramente es evidente, en vista de los presentes acontecimientos.

Mao ha tenido que capear otros temporales desde 1934, pero ninguno como la actual tempestad. En aquella época Mao estaba en la oposición, y según se dice, bajo arresto domiciliario, cuando Chu En-Lai le sustituyó como jefe superior del Ejército Rojo. Desde 1935, Chu nunca ha olvidado que Mao consiguió triunfar por fin gracias a los votos de los jefes de aquel ejército de campesinos. Mientras que Chu continúe al lado de Mao y de Lin Piao, hay otras razones suficientes para suponer que el Ejército de 3.000.000 de hombres, que, a su vez, controla las milicias, sigue siendo fiel a la presidencia de la todopoderosa comisión para asuntos militares del Partido regentado por Mao. Pero cuando en el esquema dialéctico de Mao («unidad-crítica-unidad») el Partido vuelva a encontrar una síntesis, si es que la encuentra, puede muy bien ocurrir que sea Chu En-Lai el que esté en el centro.

Pase lo que pase, lo cierto es que la oposición apenas si puede repudiar el maoísmo. Lo más que podría hacer por ahora sería retirar al presidente Mao a un lugar encumbrado en la historia —que es precisamente donde se le va a colocar— para intentar un maoísmo sin Mao.

(¿No es posible que fuese sólo esto lo que deseaba al principio de la oposición?) ¿Caos? ¿Anarquía? ¿No exhortó el Comité Central a los «guardias rojos» a «atravesar», a actuar y a no temer «el desorden»? ¿No es Mao, el poeta, quien escribió: «No me importa que soplen los vientos ni que golpeen las olas; es siempre mejor que pasar tranquilamente por un patio cualquiera»? ¿No hay acaso que acabar con todo lo viejo para que se pueda construir lo nuevo? ¿No podría ocurrir que esta búsqueda de un «consenso» chino sea en realidad, una especie de plebiscito nacional menos costoso para la nación que una guerra fratricida por la sucesión después de que se vaya Mao? Mientras tanto, nadie puede decir que Mao no se haya atrevido a someter a «las masas» esta cuestión. Ni que su oposición la constituyen hombres sumisos que no quieren enfrentarse directamente. No será necesario un vigésimo congreso para realizar una exposición «póstuma» del pensamiento y del método de Mao Tse-Tung.

EDGAR SNOW

(Fotos: ZARDOYA-CAMERA PRESS)



Mao sonriendo, Mao serio, Mao levantando la mano. Sus libros tratan de garantizar la continuidad del fervor revolucionario en las nuevas generaciones, especialmente en los «guardias rojos» que acuden a las ciudades para montar «guardia».

lo que, entre otras razones, este hombre extraordinario ha lanzado la «gran revolución cultural proletaria». ¡El tiempo! Dos veces me dijo Mao, en posesión de todas sus facultades, que pronto vería a Dios (Snag-ti). Podía ocurrir que el viejo guerrero deseaba probar su legado precipitando el curso de la historia, facilitando a la juventud esa experiencia real que es tomar y ejercer el poder revolucionario. ¿Cuánto tiempo podían esperar los revolucionarios cuando los propios Estados Unidos no querían esperar? Claro está que no podía haber una distensión mientras los americanos siguieran aferrados a Taiwan (Formosa), y mientras la ONU acusaba a la China de «agresor» (por Taiwan) sin que, sin embargo, denunciase la agresión norteamericana en el Vietnam. Sería precipitado llegar a cualquier conclusión en el sentido de que la «revolución cultural» no influirá sobre la respuesta que dé la China a las pretensiones americanas de hegemonía sobre el Sudeste de Asia.

cómo enfrentarse a los problemas que presentan ambas posibilidades con el fin de conseguir objetivos comunes para el Partido y para la nación. Por debajo de las incesantes tormentas verbales, de los agudados conflictos de personalidades, etc., se han ido produciendo ciertos antagonismos, y no todos podrán reconciliarse. La China actual no es la China de los años treinta o cuarenta, en que Mao tuvo que desarrollar su teoría, modificándola según las condiciones de poder en la dura escuela de las guerrillas, condiciones basadas en una sencilla economía rural.

Pueden transcurrir aún unos cuantos años antes de que llegue a imponerse completamente en China la transformación tecnológica, pero, hasta la fecha, ya ha producido varios millones de jóvenes instruidos más o menos científicamente y que ayudan al país desde sus puestos de trabajo en las ciudades y en las áreas rurales. (A principios de 1966, por ejemplo, el Partido admitió a 600.000 miem-

del presidente Liu-Chao-Ch'i y del secretario general del Partido, Teng-Chao-P'ing, a quienes los «guardias rojos» de Mao han hecho centro de sus ataques), y el Ejército (10 por 100). Todo era mucho más sencillo cuando casi el 90 por 100 de los miembros del Partido eran soldados, y aproximadamente el 90 por 100 de los «combatientes», como se los llamaba, lo constituían.

El «culto» ha originado ahora sus propias contradicciones.

Hay un axioma maoísta que reza: «El Partido manda sobre el cañón y nunca mandará el cañón sobre el Partido». Y el motivo de la disputa es el siguiente. ¿Ha de mandar el Partido sobre el culto o viceversa? Quizá no. Pero con la ruptura de todos los lazos con la Unión Soviética y la retirada de los vecinos japoneses y coreanos de la órbita de China, el culto intenta excluir toda influencia extraña por lo menos hasta que el nuevo y perfeccionado Adán, sea capaz, por sí sólo, de vencer cualquier